

SONIA BARBOSA ORTIZ, ACUARELAS LÚCIDAS

Sonia Barbosa Ortiz, Lucid Watercolors

*Jairo Moreno Ospina**

* Licenciatura en Artes Plásticas, Grupo de Investigación
“Creación y Pedagogía”.

Voy recorriendo el altiplano de Tunja hacia Bogotá. Un paisaje conocido, pero siempre diferente, ya sea por los cambios en el clima, temporadas secas acompañadas de sol, o húmedas con lluvia o lloviznas persistentes, más típicas de las tierras altas; o por las intervenciones humanas, los cultivos en las suaves colinas y planadas; o por ese crecimiento actual acelerado de los pueblos, igual que el de la carretera. Lo que más cambia es el color, gamas verdes o amarillas, con puntos rosados o violetas. En las áreas cultivadas, mientras crecen las plantas, mientras florecen, cuando dan sus frutos y cuando son cosechadas, en ese momento se hace visualmente evidente el sentido comunitario de los campesinos, al recorrer el cultivo, al recoger sus productos y depositarlos en los costales, que ahora son de coloridas fibras plásticas.

Subiendo hacia La Calera, un pueblo cercano a Bogotá, me acerco un poco más a los bosques nativos, que antes veía al fondo del altiplano en las partes altas de la montaña, casi siempre protegidos por la niebla. No es vegetación de gran altura. Son tupidos, abrigan el suelo, los ríos y las cascadas, intuyendo una agitada vida silvestre. Llego a la casa de Sonia y Ricardo, su compañero de vida, y de sus dos hijos. Construida lentamente, encontrando un sentido de existencia en cada lugar que la va conformando, el crecimiento de los hijos, de la biblioteca, del estudio. Las paredes se van extendiendo y simultáneamente van siendo invadidas por las pinturas y los dibujos de los dos, y por una que otra obra de algún amigo querido.

Mi mirada queda atrapada en unas acuarelas que resaltan por su color, por su brillo, por su luminosidad, siento una bocanada de aire fresco. La experiencia artística de Sonia viene desde la pintura, los acrílicos y los óleos. Un recorrido juicioso de más de diez años compartidos con sus amigos artistas en un taller de color dirigido por su esposo, en el que su comprensión de la construcción del paisaje y sus inquietudes existenciales van quedando expresados en sus trabajos.

Hace un par de años, después de haber visto a sus amigos trabajar con la acuarela, se dejó contagiar, aunque también sentía la necesidad de buscar otras técnicas que ampliaran su experiencia pictórica. Empieza a experimentarla, se enamora. En ella encuentra nuevas posibilidades, una relación diferente con el color, en las transparencias, en el manejo de los pigmentos... Ya no quiere detenerse.

En la acuarela encuentra la fluidez, las cosas llegan a su tiempo, es otra forma de comprender cómo es la construcción del mundo, del movimiento del color, de la imagen, de los animales que están en su entorno, Sonia siempre ha vivido en eso rural que es cercano a las ciudades. Ella siente los cambios que da la luz en cada paso que dan, en su pelaje, en sus plumas. Podría pensarse en la fotografía, pero esta congela la imagen, la detiene en el tiempo. La acuarela, en cambio, le da movimiento, se parece más a la imagen mental que tiene, esa no es congelada, así esté quieta, es la que construye y es lo que se aprecia al verlas. Quiere atrapar esa imagen mental que tampoco se detiene, algo así como cuando los impresionistas querían atrapar la luz. Hay que adquirir agilidad.

Rodin decía que sus esculturas, refiriéndose a “Les bourgeois de Calais”, eran más reales que cualquier fotografía, porque en ellas se veía el movimiento, no como el de la imagen congelada, irreal, que da la cámara. Pero, Sonia también se vale de formas propias de la fotografía, como el enfoque. Concentra la imagen mental del animal representado, de una parte de él, lo escudriña desde sus posibilidades de representación, de la idea que se tiene de él, dejando insinuado el resto. La ilustración científica también se convierte allí en referente, en especial en las maravillosas láminas de la Expedición Botánica, en esa intención de explicar exhaustivamente la conformación de las plantas, la imagen no se parece a la planta representada, es una disección visual y ordenada, explicativa, taxonómica, en la que el dibujante tuvo que usar un alto índice de creatividad para lograrlo.

Es el gusto de entender la forma como se va constituyendo el color, de construirlo; con más pigmento, con más agua, más amarillo, cuál capa va primero. Es el resultado de una serie de conocimientos acumulados durante años, de intuiciones que se concretan en el instante de aplicarlo, está en la paleta, es este pigmento y no el otro... o es una combinación... Esta intuición, esta sensibilidad solo se construye en la experiencia, no hay otra forma. Y se toma la decisión, es definitiva, da miedo, es vital, pues ya no hay marcha atrás. No es como en la imagen digital.

Esta experiencia también le ha afinado su observación; al ver las flores, los animales, analiza su color, arma en su mente la paleta con los colores necesarios para realizar su imagen, los puntos de color, a veces imperceptibles, que hacen resaltar sus tonos. Se empieza a incrementar entonces una curiosidad por la naturaleza, la formas de los insectos, de las flores; cómo se camuflan. Por eso es importante comprender el proceso de polinización, cómo es su estructura, y de qué manera el color tiene que ver con todo esto, con el camuflaje y, por lo tanto, con la supervivencia. Entender ese otro mundo que había sido ajeno y que afirma la simbiosis de los seres de un territorio.

Entender, por ejemplo, que los animales poseen texturas retadoras para su construcción como imagen desde la acuarela y, a la vez, comprender por qué son impermeables, o cómo los pelambres, las pieles y las escamas se tornan a veces similares. Pero también hay que lograr representar un pelambre esponjoso y cálido de un conejo o unas escamas duras y frías de una iguana, el plumaje esplendoroso de un pavo; en otras palabras, conseguir que lo visual dé sensaciones táctiles.

En el grupo de Sonia, “arte y conservación”, la experiencia de sus compañeros está enfocada en resaltar las cualidades que hacen a cada especie diferente, y lo expresan en unas imágenes acompañantes, que hacen un acercamiento, provocando una desagregación. Ella no quiere explicar, quiere entender el mundo, y eso se le convierte en el reto. Un extremo cuidado en la observación, en la precisión del trazo, en los tiempos de dedicación a un trabajo exigente, riguroso. Cada pincelada ha implicado para ella una reflexión, un entendimiento, más inquietudes. Cada una de ellas es un proceso de investigación, de creación, en el que se concreta una acumulación de conocimientos, de retos, de reflexiones, de ordenamiento del pensamiento; en últimas, un momento de comprensión del mundo.

Sus acuarelas permiten la concentración en el detalle, encontrar el recorrido del trazo, muchas veces no está el animal completo, lo que está resuelto ha exigido su disciplina y concentración en el reto que le propone la imagen para que funcione. A veces no tiene el pincel, debe conseguirlo, hay que parar. Exige una limpieza técnica de sumo cuidado, exige fineza y pulcritud, hay que tener la imagen casi resuelta en la mente, porque no hay lugar para la corrección. Hay que ser riguroso, todo debe estar planeado, preparado, organizado, los pigmentos, el agua, el papel, el rociador; hay que cambiar los hábitos.

Hay cierta forma de protesta en sus acuarelas, cuando el objeto de trabajo es la naturaleza, es inevitable pensar en la crisis ambiental que se vive, los hábitats naturales cada vez más reducidos ponen en peligro la supervivencia de especies. Esa *incomplétud*, esa disolución en estos trabajos, llevan a pensar en la desaparición. Un desespero por encontrar un lugar, una mirada directa de esos animales que observan dignamente, insistentemente, a quien está frente a sus trabajos.

El trabajo artístico siempre ha estado marcado por la naturaleza, en sus oleos y acrílicos, las fuerzas que lo constituyen, el estruendo del río o del viento atrapado en la imagen. En estas acuarelas, los silencios elocuentes de los animales, los domésticos que conviven con ella y su familia, o los visitantes, los que se acercan revoloteando a distancias prudentes o miran entre el matorral, se intercambian miradas donde ambos hacen conciencia de la presencia del otro. Los llama guardianes. Y todo esto

tiene que ver con su forma de habitar. Cuando Sonia y Ricardo adquirieron el lote donde construirían su casa, era un campo de cultivo, ya había sido “des-montado”. Entonces inician el proceso de construcción de la casa y de restitución de eso que había sido quitado, la vegetación original. Ha sido lento, cuidadoso, pero detrás de esas plantas llegan los animales que no habían vuelto, el sonido de ellos también empieza a restablecerse.

Este recorrido vivencial le ha permitido tener una lucidez que se aprecia en sus trabajos, su sentido de vida y que también tiene que ver con su cotidianidad; la preparación para un viaje, ya sea a otro lugar, o simplemente para trasladar a sus hijos. O ese otro viaje que significa el encuentro con sus estudiantes en clase. Una correlación de formas de prepararse, esa suerte de rituales que todos vamos adquiriendo se han vuelto para ella más organizados, más precisos desde que empezó su trabajo con la acuarela, afinados por la exigencia de esa técnica que la apasiona. Así, las acuarelas de Sonia son lúcidas, en el sentido de su construcción, de su conceptualización, de su intención. Y también lúcidas en otra de sus acepciones, tienen gracia, son elegantes, son esplendorosas. Sus acuarelas son luminosas.